PRESENTACIÓN

Este libro es uno de los resultados de un proyecto de investigación que dirigí, donde trataba de entenderse de forma conjunta y desde una perspectiva exterior la historia portuguesa y española durante las dictaduras de Salazar y de Franco[1]. Además de otros estudios más breves, el resultado de este empeño fueron dos compilaciones documentales, una sobre la España franquista[2]; y ésta, que aquí se presenta, sobre el Portugal bajo el *Estado Novo*. En ambos casos se abarcaban solo las dos décadas finales de las dictaduras, desde su ingreso conjunto en ONU (1955) hasta el término de ambos regímenes (1974-1975).

Porque, superadas las dificultades –sobre todo las españolas– en el encaje de las capitales ibéricas dentro de una –siempre relativa y tolerada– normalización internacional, Portugal y España se enfrentaban ahora al reto, ya no directamente de su supervivencia, mas de una adecuación estable a los grandes cambios del escenario occidental y mundial: la guerra fría perdía virulencia; el crecimiento económico transformaba las sociedades capitalistas; la ola descolonizadora daba nacimiento a un nuevo espacio tercermundista de innegable influencia moral en el escenario internacional. ¿Cómo respondieron el franquismo y el salazarismo a esos retos? Y, sobre todo, ¿cómo desde fuera se vieron y se ponderaron esas respuestas? Tal era el objetivo que perseguía el referido proyecto.

Los dos estudios preliminares de la obra que ahora se presenta, se basan fundamentalmente –sobre todo el primero– en la documentación en ella recogida, y tratan de sustanciar algunas cuestiones centrales de la política y de las percepciones externas del Portugal de Salazar. Para evitar tergiversaciones interpretativas y tornarlos más eficaces al conocimiento de estudiantes y estudiosos del tema, los documentos se ofrecen en su versión original. Claro está que la propia selección ya implica opciones, siempre

---

1 Proyecto I+D+I del Ministerio de Educación y Ciencia, titulado "Franquismo y salazarismo en la escena internacional (1955-1975)" (HUM 2006-05302 HIST).

2 H. de la Torre Gómez (coord.), J.C. Jiménez Redondo, Rosa Pardo Sanz, *España desde el exterior: la mirada de los otros*, Madrid, Editorial Universitaria Ramón Areces, 2011.

discutibles, que condicionan la propia interpretación histórica. Pero eso resulta inevitable. Lo que en cualquier caso puede asegurarse es que se ha intentado seleccionar las piezas más representativas de los problemas y de las posiciones del Portugal salazarista en la perspectiva de las visiones y de los intereses de algunos de los estados más influyentes sobre la vida interna e internacional del régimen del *Estado Novo*.

No es cosa de adelantar aquí conclusiones pormenorizadas. Pero sí pueden resaltarse algunas muy visibles. Es manifiesto que desde mediados de los años cincuenta el reto de la descolonización muda completamente la relativa calma internacional en que vivía la dictadura portuguesa. Desde el mismo arranque de los años sesenta Lisboa se verá sumergida en dos escenarios de guerra: el de las colonias, ante la insurgencia de los movimientos nacionalistas; el diplomático, frente a las denuncias de la ONU, la ofensiva del bloque afro-asiático y la presión y el relativo abandono de sus propios aliados occidentales. Y, correlativamente, en el interior, concluyen los años de plácida calma y comienzan los de la resistencia y el endurecimiento; el régimen cierra filas ante la "patria amenazada" por la subversión: en África, en los escenarios internacionales y en la propia "retaguardia" portuguesa.

¿Cómo fue, cómo se vio en el exterior la posición de la dictadura durante su larga adversidad internacional? La documentación resulta bastante concluyente: Lisboa no iba a moverse ni un milímetro; resistiría contra viento y marea las ofensivas nacionalistas en sus territorios africanos y las presiones de sus propios aliados; su resistencia a los "vientos de la historia" carecía de porvenir; y entre tanto, Salazar y su régimen nunca dejaron de gozar de relativa comprensión y hasta de una inconfesa admiración por la hechura moral y el temple del dictador.

En efecto, los occidentales no tardaron mucho en comprender que la negativa salazarista a abandonar las colonias era una posición inamovible. Con independencia de su resultado, esa actitud constituía un imperativo moral, como le decía Salazar a Don Juan de Borbón. La razón estaba del lado de Portugal, y el mundo, sumido en el error, acabaría por dársela –le explicaba el presidente del Consejo a un periodista italiano–. El general en jefe de la OTAN pronto estuvo seguro de que la obcecación del dictador portugués no tenía enmienda. Y el embajador norteamericano en Lisboa, Anderson, creía que mientras se mantuviera el régimen de *Estado Novo* la posición portuguesa no tenía vuelta de hoja.

Las presiones de los aliados no surtieron el menor efecto. Todos oyeron el mismo discurso sobre la unidad de la patria portuguesa –de "Minho a Timor"– y sobre la defensa que Lisboa estaba llevando a cabo en África, ante la cobarde pasividad de Occidente, frente a la temible expansión del comunismo. Los Estados Unidos, que a principios de 1961 comenzaron entrando en la cuestión como elefante en cacharrería, recularon enseguida.

Fue un retroceso espectacular, motivado por la combinación de dos profundas convicciones: una –más progresiva y definitivamente asumida desde 1965–, que Salazar no iba a moverse un ápice; otra –inminente, amenazadora, concluyente– que en la base militar de las Azores, imprescindible a la defensa norteamericana y occidental, Washington corría serios riesgos de desahucio. La pista de las Lajes –esos cuantos metros cuadrados de asfalto en medio del Atlántico según el despectivo e irritado juicio del embajador estadounidense en Nueva Delhi, Galbraith– fueron poderosísima arma en manos de la diplomacia salazarista para doblegar enseguida a los Estados Unidos. La administración norteamericana pasó pronto de la inicial firmeza a una estrategia de reconciliación, prodigando incluso estratégicos elogios a las imaginarias buenas intenciones –no a las posiciones– portuguesas; pretendiendo ver y procurando aplaudir supuestas iniciativas reformistas en el buen camino; intentando convencer a Lisboa con machacona insistencia, y sin el menor resultado, de que bastaba con que Portugal aceptara públicamente el principio de autodeterminación –que, se insistía, no tenía por qué derivar en independencia– y fijara un plazo razonable para llevarla a cabo. En tal caso, habría además generosa ayuda económica para la metrópoli y para el "ultramar".

En medio de esas cada vez más desvaídas ilusiones –que se concretaron en los famosos "planes" del subsecretario de Estado, Georges Ball, y del embajador Anderson– transcurrieron los primeros años sesenta. Todo inútil: para Salazar esas estrategias abrían simplemente las puertas al derrumbe del "ultramar". Y, lo que resultaba más decisivo, los americanos hubieron de comprender con resignación que el presidente del Consejo tenía hacia ellos un arraigado complejo reactivo; no se fiaba, nunca se había fiado, de los Estados Unidos.

En los años siguientes la situación cristalizó en resignada aceptación; también porque los objetivos y las mudanzas de Washington –guerra de Vietnam y nueva administración Nixon– cambiaron parcialmente el rumbo de las prioridades norteamericanas. Lisboa logró además atraerse importantes apoyos alternativos: de Francia y de Alemania; y, bien que con cautela, fue asociando en la propia África sus intereses a los del "bloque" blanco que formaban la Unión Sudafricana y la Rodesia de Ian Smith, proclamada unilateralmente independiente. Gozó también, y desde el principio, de la solidaridad de la España de Franco, que apoyó en los foros internacionales la causa de Portugal, y trató de movilizar a su favor los apoyos de los países iberoamericanos y árabes, sobre los que Madrid tenía cierto ascendiente. También prestó Madrid a Lisboa otros servicios, menos diplomáticos y más operacionales. Y todo lo hizo con riesgo de perjudicar seriamente sus propios intereses internacionales –que en la cuestión colonial discurrían por cauces muy distintos de los portugueses– y sin que el vecino ibérico mostrara todo el reconocimiento que en realidad la demostrada amistad franquista merecía.

Con el paso del tiempo y la congelación de la cuestión colonial, los aliados occidentales dieron creciente prioridad a lo que constituía la clave inaplazable del problema portugués: el futuro político tras la desaparición de Salazar. La sucesión controlada y reformista no representó cualquier sorpresa. Ni tampoco el progresivo tránsito de la esperanza a la constatación de la parálisis política que vino a representar el gobierno del profesor Marcelo Caetano. La visión desde fuera se ajusta de forma casi canónica a esa evolución-involutiva en que coincide toda la historiografía. La caída repentina *manu militari* era lo que menos se preveía. Los aliados occidentales y España hubieron de tratar con la "revolución". Algunos documentos finales pretenden ilustrar cómo lo hicieron: Kissinger –no el Departamento de Estado, ni su embajador en Lisboa– casi tirando la toalla; los europeos aguantando el tirón, conviviendo con la "revolución" y aliándose, para neutralizarla, con sus hijos más "moderados". Acertaron. Como acertó la España franquista –gracias sobre todo al propio Franco– al orientar su diplomacia por el principio rector de que la amistad peninsular estaba por encima de la solidaridad ideológica. Y entonces pudo verificarse con sobrada razón que ya hacía mucho que venía estándolo.

¿Cuál fue en definitiva el balance *exterior* del Portugal salazarista en sus dos décadas finales de enfrentamiento con el entorno internacional? La innegable adversidad de la marea anticolonialista generó fuertes tensiones internas e innegables dificultades en el ámbito de sus relaciones internacionales, pero nunca al punto de lo irreversible. Las presiones de los aliados no fueron ni compactas, ni sostenidas; los importantes recursos geoestratégicos del país desempeñaron un papel de primer orden en la "negociación" de Lisboa con sus socios occidentales, particularmente con los Estados Unidos; la inamovible firmeza de Salazar supuso también una baza difícil de exagerar. Porque, además, en contraste con el franquismo –obligado contrapunto en la perspectiva exterior del peculiar escenario ibérico– el dictador portugués y su régimen nunca perdieron del todo la comprensión y hasta la encubierta admiración de las democracias occidentales. Portugal era, sí, una dictadura; pero relativamente templada, comprensible, dado el atraso del país; y dirigida por un hombre serio, de principios y hasta bien intencionado en su rigor y en su obcecación. "A partir de los años sesenta –concluye muy atinadamente Juan Carlos Jiménez– el salazarismo asistió a un lento pero irremediable declive de su imagen exterior, aunque la persistencia de una fuerte mentalidad colonialista, sobre todo entre las cancillerías europeas, y la siempre actuante dinámica de guerra fría, hicieron que el régimen dictatorial, enfrascado en las brutales guerras africanas, nunca viviera una situación de irresistible acoso exterior, o de quiebra definitiva de su legitimidad internacional".

* * *

Este libro presenta, creo que por primera vez, un amplio corpus documental procedente de archivos diplomáticos de los países más influyentes en la historia portuguesa del período 1955-1975: los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y España. Como coordinador me ha cabido la tarea de seleccionar y organizar los documentos. En el acopio de ese material archivístico he contado con la colaboración de Juan Carlos Jiménez, que ha aportado algunos documentos propios y en ocasiones me ha acompañado en los periplos de recogida de fuentes en el extranjero. Además, nos hemos repartido la redacción de los estudios preliminares, orientados siempre por la búsqueda de las posiciones, de las miradas y de las valoraciones externas del Portugal del segundo salazarismo. Ambos estudios son bastante complementarios: el del profesor Jiménez Redondo trata de ahondar en las percepciones y juicios sobre la naturaleza y la praxis del dictador y la dictadura; el mío, se orienta a indagar en las relaciones internacionales ante la política salazarista de resistencia colonial. Quedaron por cuenta de su estudio las referencias bibliográficas a pie de página, mientras que el mío se centraba en la sistemática utilización del corpus documental, sirviendo así como guía de las relaciones internacionales del salazarismo y pauta de lectura de la documentación. Debo añadir que, en aras de la exactitud y del provecho en la utilización de las fuentes, se ha optado por reproducir los documentos en sus idiomas originales. La responsable de ese cometido, delicado y hasta tedioso, ha sido la profesora Carmen Campuzano.

Hipólito de la Torre Gómez
Coordinador